

Blanco White

In: Bulletin Hispanique. Tome 12, N°1, 1910. pp. 71-100.

Citer ce document / Cite this document :

Piñeyro Enrique. Blanco White. In: Bulletin Hispanique. Tome 12, N°1, 1910. pp. 71-100.

http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/hispa_0007-4640_1910_num_12_1_1640

BLANCO WHITE

I

Don José María Blanco y Crespo, como en España, su país natal, se le suele llamar; Joseph Blanco White, como él mismo, conservando duplicado, en la forma española y en la inglesa, el apellido paterno, comenzó á llamarse y á firmar desde que se estableció en Inglaterra, segunda patria donde pasó la mitad más ocupada, más útil y fecunda de su existencia, es una figura original, patética, en extremo interesante, que atrae ó repele según el punto de vista desde el cual se mira y estudia; y que por esto mismo cada una de esas dos patrias, al reconocerlo y tenerlo como suyo en la parte que legítimamente le corresponde, estima y juzga de muy diferente manera.

España nunca ha perdonado á Blanco White ni la expatriación voluntaria en plena guerra contra Francia, ni su abjuración de la fe católica y súbito abandono del alto cargo que por oposición había ganado y tenía en la Capilla Real de San Fernando en Sevilla, ni tampoco ciertas opiniones sobre puntos de política interna española y de política americana, que con su pluma enérgicamente sostuvo en los dos periódicos en lengua castellana, que enteramente solo dirigió y redactó en Londres en dos distintos períodos. Inglaterra se ha mostrado en cambio siempre agradecida á los servicios que en más de una vigorosa polémica y al lado de los catedráticos de la famosa Universidad de Oxford prestó á su religión oficial; así como á la profunda admiración que en todas ocasiones proclamó por su lengua, su literatura, sus libertades políticas y su gran papel en la historia y la civilización universal.

Los compañeros de estudios de Blanco, los amigos de su juventud, sus colegas de la Academia de Letras Humanas

de Sevilla, nunca lo olvidaron, nunca tomaron parte en la cruzada de cólera con que el clero y la sociedad sevillana apartaron al réprobo de su seno; Arjona, Reynoso, Lista, sacerdotes, dignidades de la Iglesia, así como muchos de aquellos con quienes trabó amistad en Madrid en la tertulia de Quintana, y Quintana mismo, le conservaron hasta el fin sincero y constante afecto, aunque desaprobaran algunos sus opiniones ó su conducta. Al contrario los que después vinieron y no han tenido medios ú ocasión de tratarlo personalmente ó de simplemente conocerlo de vista, son los que han desplegado al relatar su historia y juzgar las producciones de la segunda parte de su vida un exceso deplorable de crueldad, de ensañamiento; como se ve brotar, á raudales, por todos sus párrafos, en las treinta y siete grandes páginas que le reserva don M. Menéndez y Pelayo del tomo tercero de su *Historia de los Heterodoxos Españoles*, publicado en 1883. Poco, muy poco menos severo se manifiesta don Leopoldo Augusto de Cueto en el tomo segundo de su *Historia Crítica de la Poesía Castellana en el siglo XVIII*, dado á luz en 1893, con intento deliberado de agravar lo que el mismo escritor había apuntado antes en el *Bosquejo Histórico-crítico* que en 1869 precede á la copiosa recopilación de poesías líricas de ese mismo siglo, y que ocupa tres volúmenes de la *Biblioteca de Autores Españoles* editada por don M. Rivadeneyra.

El grado menor de severidad y vituperio en este segundo caso depende probablemente de la distancia enorme que en saber y en dotes de escritor media entre ambos historiadores literarios, pues no tenía á su disposición el Marqués de Valmar (título de nobleza que aparece acompañando á su nombre en la segunda de las obras citadas) la vehemencia arrastradora de su predecesor, entonces muy joven, ni tampoco su estilo brillante ó la abundancia de sus recursos. No podía ciertamente estar á su alcance, al concluir su breve estudio de la vida y las obras de Blanco, realzarlo con las frases tan injustas y envenenadas, al par que tan hermosas, con que acaba Menéndez y Pelayo su capítulo. Al resumir éste todo lo que antes dice sobre el soneto en inglés famoso de Blanco White,

soneto á que en su lugar oportuno también me referiré, agrega lo siguiente :

« Sólo esta flor poética crece, á modo de siempreviva, sobre el infamado sepulcro de Blanco. Cuando acabe de extinguirse el último eco de sus polémicas y de su escandalosa vida, la Musa del canto conservará su memoria vinculada en catorce versos de melancólica armonía, que desde Liverpool á Boston y desde Boston á Australia viven en la memoria de la poderosa raza anglosajona, que los ha trasmitido á todas las lenguas vivas y aun ha querido darles la perpetuidad que comunica una lengua muerta. »

Inglaterra en tanto continúa, á pesar de los setenta años transcurridos desde la muerte de Blanco, dando pruebas de no haberlo olvidado, y en este mismo año en que ahora escribo, un libro importante, del que todos los órganos principales de la prensa británica han hablado extensamente, contiene un estudio, ameno y sólido al mismo tiempo, sobre su vida y sus escritos, en el que se coloca desde luego á Blanco, al llamado « Peregrino de la Religión », entre los que allí representan y personifican en la cuestión religiosa « el tránsito difícil de la época de la tradición estrecha á la de libertad y actividad intelectual de nuestros días »¹.

Y cuenta que podrían muy bien tener los ingleses tanta excusa como los españoles para ser severos, y aun para mirar con ojeriza á Blanco, pues abjuró éste públicamente de la fe protestante anglicana, lo mismo que antes de la fe católica romana. No obstante, personajes de tan alto valer intelectual y moral como el grande hombre de estado W. E. Gladstone y el célebre cardenal J. H. Newman, protestante por los cuatro costados el primero, y eminentísimo converso á la religión católica apostólica romana el segundo, nunca, hasta el fin de sus días, desaprovecharon ocasión oportuna de consignar en

1. *Pre-Tractarian Oxford*. By the Rev. V. Tuckwell. (Smith, Elder.) Londres, 1909. Las palabras entre comillas son del *Times* de Londres, repetidas en dos lugares diferentes del número del 25 de febrero de ese año : en el *Suplemento Literario* y en la plana editorial. Titúlase este segundo artículo *A Pilgrim in Religion*, y se refiere á Blanco únicamente. Ahora mismo se anuncia en Londres una nueva biografía por J. G. Sieveking. (Vid. *Pall Mall Gazette*, oct. 9, 1909.)

sus escritos la no borrada simpatía y el respeto con que recordaban al antiguo amigo, con quien durante un cierto período habían vivido en Oxford en íntima comunidad de ideas. Varios otros podrían citarse, todos amigos fieles de la memoria de « esa extraña, aislada, solitaria figura », de la cual quiso espontáneamente Gladstone perpetuar el recuerdo para la posteridad en un notable « ensayo », recogido después en sus *Gleanings of past years*. En él dice, al empezar : « El espíritu de Blanco White fué como un campo de batalla en el cual los poderes de la fe y del escepticismo, con diversa fortuna, pero con singular intensidad, mantuvieron desde el principio al fin su incesante guerra. Dentro del círculo de la experiencia de su vida surgen ante nosotros los más de los grandes problemas morales y espirituales, indispensables en las condiciones de nuestra raza. »

En España, pues, si se le menciona, cosa que no muy frecuentemente acaece, es casi siempre para increparlo ó maldecir su memoria. En Inglaterra, si bien se discute á veces con calor el cambio de frente que lo llevó del protestantismo anglicano á uno de los grupos más libres del unitarismo, nunca es sin tolerancia respetuosa ó con piedad y lástima muy sinceras, á pesar de que nada suele provocar más animadas controversias que esos cambios de secta religiosa, en países protestantes.

Estas consideraciones me deciden á creer que quizás haya todavía lugar para decir algo en castellano sobre Blanco White, mayormente si se trata de hacerlo con ánimo libre de preocupaciones, de prejuicios, adversos lo mismo que favorables.

II

La obra en tres volúmenes publicada en Londres el año de 1845 con este título: *Vida del Reverendo José Blanco White escrita por él mismo*¹, y que en realidad se compone de tres grandes

1. *The Life of the Rev. Joseph Blanco White written by himself, with portions of his correspondence. Edited by John Hamilton Thom.* 3 vols. London : John Chapman. M. DCCC. XLV.

fragmentos autobiográficos, de notas escritas en diversas épocas por él mismo día por día y de cartas tanto suyas como de algunos de sus amigos, es por fuerza la base, si no única, muy principal por lo menos, de todo estudio que se intente sobre el que fué en su patria sacerdote, poeta, periodista, y en Inglaterra lo mismo, además de polemista religioso, *theological writer*, ocupación que sola á su nombre añade Leslie Stephen en el muy completo y juicioso, aunque breve artículo, que le dedica en el gran *Diccionario de Biografía Nacional Inglesa*. Gladstone dijo de esas Confesiones, diarios y cartas reunidas en esta obra: « Son un libro que fuerza la atención y hace sangrar el corazón¹. »

Lleva al frente el primer tomo de esta copiosa y bien dispuesta biografía un retrato de medio cuerpo, grabado en acero, cuyo buen parecido desde luego se adivina por el perfecto acuerdo en que se halla con el carácter y escritos del personaje. Es una fisonomía llena de distinción, que atrae, que seduce, á pesar de su seriedad, á pesar de algo en ella que parece revelar que por contrariedad de la fortuna raras veces esas facciones han sido dilatadas ó animadas por la risa. El rostro aguileño, la nariz prominente y firmemente trazada, la frente elevada y espaciosa, los ojos grandes, andaluces, rasgados, de dulce y penetrante mirada, forman un conjunto que no es español enteramente, algo vagamente inquieto al par que reflexivo y melancólico, cual si fuera producido por fusión incompleta del elemento materno sevillano con el tipo resultante de la larga sucesión de antepasados irlandeses del lado paterno.

Ambos aspectos se mantienen hasta el fin visibles en la existencia de Blanco, predominando cada uno en la parte correspondiente de las dos mitades, de extensión casi exactamente igual, en que se divide la historia de su vida; pues si nació en Sevilla el 11 de julio de 1775 y en esa ciudad, ó en Madrid, ó en Cádiz, residió hasta el año de 1810, al comenzar de este año mismo emprendió viaje á Inglaterra, para nunca

1. *Gleanings of past years*. London, 1879, vol. II, p. 1-64. — En este lugar se encuentran las frases del mismo Gladstone, citadas anteriormente.

más volver al país de su nacimiento y en Inglaterra morir el año de 1841. Rebajando los años de la primera infancia, resultan prácticamente de duración idéntica los dos períodos, es decir, de treinta años cada uno. Blanco murió poco antes de cumplir sesenta y seis.

Pero en su biografía, como hemos de verlo, la segunda mitad resulta haber sido más importante, mas fructífera que la primera, sobre todo considerado él como teólogo, como vigoroso controversista, como crítico literario y aun como poeta; y si bien falta en la segunda el efecto trágico de esa figura sombría de sacerdote mal avenido con sus hábitos religiosos, hábitos adheridos á su cuerpo como túnica de fuego de la que poder humano ninguno era bastante á librarlo en su país, llénala casi toda una angustia tal de sincero y á veces desesperado buscador de la verdad religiosa, que despierta aun hoy vivísimo interés.

Fué Blanco el primero entre los varones de su familia que recibió toda su educación en Sevilla; la familia, establecida hacía tiempo en esa ciudad, era allí como « una pequeña colonia irlandesa cuyos miembros conservaban el lenguaje y muchas de las costumbres y gustos que trajo consigo el fundador á España »¹. Desde el tiempo de Fernando VI habían sus jefes obtenido ejecutoria de hidalguía, y todos, comerciantes muy bien reputados, fueron siempre además católicos sinceros y fervientes, con matiz bien marcado de fanatismo, color que se hallaba muy presente y muy marcado también, como era desde luego de suponerse, en la dama sevillana, de antigua cepa noble de Andalucía, con quien casó Don Guillermo White, padre de nuestro don José María, nacido en Sevilla, pero que fué enviado á Irlanda á recibir su educación.

Tales condiciones de familia parecían traer envuelta para el hijo, al escoger carrera, la necesidad de ser ó comerciante ó sacerdote. En efecto, no tenía más de ocho años de edad cuando lo sentaron ante una carpeta del escritorio paterno, á comenzar su aprendizaje copiando cartas y facturas y conocimientos. No habia nacido él empero para vivir de esa

1. *The Life...* (ut antea), vol. 1, p. 5.

manera arrinconado, tenía talento natural con ansia muy viva de instruirse; y al fin, con la anuencia entusiasmada de la madre, dejó las cuentas y comenzó los ejercicios necesarios para entrar en la carrera eclesiástica, profesión liberal casi única reservada á las familias nobles ó seminobles. Arrastráronlo, pues, en ese sentido, para desgracia suya y de los suyos, el horror á la monotonía de la teneduría de libros, la necesidad de satisfacer á lo que pedían sus facultades naturales y su imaginación poética desde muy temprano reveladas, y por cima de todo, con fuerza incontrastable en esos sus juveniles años, el amor de hijo, el cariño á su madre; sin poder naturalmente prever nadie que este último sentimiento, exagerado hasta transformarse así en deplorable debilidad, sería causa de romper violentamente un día todos los lazos que á la familia, á la patria y á la fe de sus mayores estrechamente lo ligaban.

Completó sus estudios religiosos, no reducidos estrictamente á lo que se enseñaba entonces en los seminarios, gracias á un sacerdote distinguido, Don Manuel María de Arjona, humanista, poeta de algún valer, que á él y á Reynoso y á Alberto Lista, corifeos de la llamada escuela poética sevillana que con cierto brillo floreció al principiar el siglo XIX, dió generosamente lecciones de literatura, mientras Blanco aprendía además por sí solo el francés y el italiano, y ahondaba en el estudio del latín un poco más allá de lo que en la Universidad se exigía.

De este modo y á vueltas de intermitentes vacilaciones, dudas y temores, que más de una vez lo llevaron á punto de abandonar el intento, arribó por fin á la edad de veinticinco años y al instante crítico de pronunciar la palabra fatídica y el juramento irrevocable. No era posible que el padre y la madre dejaran de observar la situación del hijo, la incertidumbre que tan penosamente antes del paso final lo acongojaba; y vióse bien en la conducta de cada uno la diferencia de temperamento, no obstante la identidad de sentimientos y deseos. El padre provocó una conferencia aparte con el hijo para insistir grave y solemnemente en el consejo de no aventurar todo su porvenir, toda su vida, si la menor angustia le hacía dudar de la firmeza de su propósito é imaginar, siquiera

como posible, el horror de un arrepentimiento tardío. Pero la desolación que de la madre intensamente se apoderaba ante semejante idea arrolló en el hijo todas las dudas: « Era ya demasiado tarde, » escribió éste repasando treinta años después la historia de su vida, « hallábame yo en esos momentos bajo el encanto de su cariño, y como la disyuntiva era volver á trabajar en el comercio ó refugiarme en la iglesia, tomé equivocadamente por vocación é impulso de seguir la profesión lo que no era más que vivo deseo de secar las lágrimas en los ojos de mi madre. »

Para esa madre, santa y buena, aunque tan completamente dominada por el ardor de su piedad; que vió una de sus hijas apartarse de su lado para profesar en un convento de monjas, y que pronto vería á la otra hija hacer lo mismo, debió ser satisfacción inmensa que también el hijo admirable, de tan brillante inteligencia y tanta ansia de saber y perfeccionarse, se consagrara á Dios y voluntariamente se atase con lazo indisoluble á su servicio. Cuán diferentes, cuán desastrosas habían de ser las consecuencias de esa pasajera alegría! Las dos hijas murieron con pocos años de intervalo, jóvenes aun, consumidas por el duro y estrecho régimen de vida á que estuvieron en el convento sometidas; y un tormento mayor, terrible, sin igual, aguardaba á esa pobre madre el día que comenzó á adivinar, á descubrir en el hijo adorado el cambio fundamental de ideas, el alejamiento gradual y constante de la iglesia y de sus dogmas esenciales, llegando entonces hasta el extremo de evitar el entrar en conversación con él, por temor de oír de sus labios alguna expresión que, conforme á los preceptos de la Iglesia, la pusiese en el imprescindible caso de ir ella misma á denunciar su conducta ante la Inquisición. Así lo cuenta Blanco mismo en uno de sus libros publicados en Inglaterra ¹.

Para atenuar un tanto lo que sorprende, y aun subleva, en revelación semejante, es preciso recordar que al hacerla Blanco por primera vez, fué su objeto solamente presentar un ejemplo

1. *Practical and Internal Evidence against Catholicism...* 1 vol. 8vo. Primera edición, 1825. Segunda, 1826.

« de los horribles resultados á que podía llegar el fanatismo que la Iglesia inculcaba en sus fieles ». Así es que en la autobiografía, al repetirla diez años después, se vuelve á los que en Inglaterra misma encontraron inoportuna tal acusación contra su madre, y añade entonces estas palabras: « Mi madre es digna de compasión por haber sido educada bajo la completa influencia de los principios de la Iglesia Romana, tales como entonces en España se entendían; pero la abnegación con que aceptaba y concebía su deber religioso merece la admiración de cuantos sean capaces de apreciar y juzgar un carácter virtuoso sometido á la prueba de semejantes condiciones exteriores¹. »

Es controvertible todo esto por de contado; lo traigo á colación simplemente como muestra del grado á que podía llegar en la polémica y la invectiva un hombre como Blanco White, de quien cuantos de cerca lo trataron en España, igual que en Inglaterra, encomian á una la dulzura y amabilidad de su carácter².

Pero antes de sonar, en familia hasta entonces muy unida, la hora triste del escándalo y la discordia, gozó la madre de muchas horas de gusto y de ventura, oyendo los hermosos sermones, llenos de rica fantasía, que predicaba ese hijo, colmado de honores desde muy temprano, ganados honrosamente en pública lid: Rector de un importante Colegio, luego Canónigo de la Catedral de Cádiz tras brillante oposición, Magistral por último en la Capilla Real de San Fernando de Sevilla: todo en los dos primeros años siguientes á la fecha de su mayoría de edad. Al mismo tiempo ganó como poeta

1. *The Life...* I, pag. 157, nota.

2. Así lo declararon Southey, Coleridge, varios otros. Véase el artículo antes citado de Leslie Stephen en el *Diccionario de Biografía Nacional*. — D. Alberto Lista en carta insertada en la introducción á las *Obras de Reynoso*, publicadas por los *Bibliófilos Andaluces*, escribe estas líneas: « Yo he sido siempre un medio entre los dos. No siempre he reprimido mis afectos como Reynoso, pero nunca les he concedido la razón como Blanco... Reynoso era el más perfecto de los tres, Blanco el más amable, yo el más enérgico ». (Lasso de la Vega, *Historia y Juicio crítico de la Escuela Poética Sevillana*, Madrid, 1876, p. 147). Don Antonio Alcalá Galiano en artículo de la *Crónica de Ambos Mundos*, 1860, incluido por Cueto en la *Biblioteca de Autores Españoles*, tomo 67, dice que el genio de Blanco era « agrio y violento »; pero Galiano trató demasiado poco á Blanco para que pueda en este caso su juicio valer tanto como el de Lista.

elegante, como excelente prosista, rápida reputación, y el concepto de todos lo colocaba al mismo nivel que Arjona, Lista y Reynoso, honra y prez de la recién fundada Academia de Letras Humanas, y de la escuela de poesía, que ya se consideraba como renacimiento feliz de la que en la misma ciudad tanto había prosperado en los siglos XVI y XVII con Herrera, con el autor de la hermosa oda clásica las *Ruinas de Itálica*, con el de la no menos bella *Epístola Moral*, con Rioja, el Rioja de la pequeña silva *A la Rosa*, con Gutierre de Cetina en fin, y con Arguijo.

Las poesías de Blanco apenas se acercan á las de esos predecesores, ni dió él nunca á la verdad, mientras en España vivió, pruebas decisivas de verdadero poeta. Son sus versos en general correctos, conceptuosos, armoniosos á menudo, mas casi siempre destituidos de real, íntima poesía; obra sin duda de hábil artifice, en el fondo producción de un hombre instruído, que sabe lo que quiere decir, cuya pluma nada podía dar á luz enteramente privado de algún valor; pero el estro no los levanta ni los inflama. Leídos cuidadosamente todos, como los ofrece reunidos el diligente colector de poesías líricas del siglo XVIII en la *Biblioteca de Autores Españoles*, puede muy bien suceder que no quede al lector en la memoria uno solo cuyo recuerdo vuelva espontáneamente á presentársele. No así acontece con los que escribió en inglés durante la segunda mitad de su vida, ni con las tres ó cuatro poesías en castellano que brotaron con acento dolorido en las horas melancólicas de sus últimos años, en el período de la existencia en que imágenes y reminiscencias de la juventud, ya pálidas y mustias, reverdecen como flores solitarias en corazón desierto de donde va pronto ya á desaparecer para siempre hasta la esperanza.

Pocos meses después de haber iniciado la práctica y los deberes de su cargo sacerdotal, comenzaron las dudas á trabajar en su espíritu. Ellas en verdad habían empezado mucho antes á germinar allí, desde que una tía del lado paterno, « la única dama sevillana que poseía una pequeña biblioteca, » le prestó las obras de Feijóo; y del *Teatro Crítico* de ese buen

benedictino recibió Blanco las primeras impresiones de filosofía moderna baconiana, en contraposición á la aristotélica y tomista que le enseñaban en la Universidad. De ahí partiendo, fué luego, de libro en libro de los filósofos franceses de la misma época, hasta empaparse en lectura tan francamente ateísta como el *Sistema de la Naturaleza* del barón de Holbach; y no tardó en desencadenarse la tempestad que había de llevarse todas sus creencias católicas, y aun cristianas, dejándolo en completa, desnuda incredulidad: « Una tempestad (dice, él mismo) que al caerme encima, barrería de un golpe todas las impresiones tan laboriosa y tan largamente inculcadas en mi espíritu. » (*The Life...*, I, p. 111.)

Engolfóse más y más en esas lecturas. Descubrió otros miembros del clero tan escépticos como él, que le prestaron « todas las obras anticristianas que tan abundantemente brotaban de las prensas de Francia ». Sin distinción leía unas y otras, porque « cuando falta libertad, agrega, no puede haber discriminación. El apetito devorador producido por la abstinencia forzada inclina la mente á atestarse de toda suerte de alimentos... Fingiendo vivir en estudioso retiro, dispuse un pequeño aposento en que solos los amigos de mi entera confianza penetraban. Ahí custodiaba mis libros prohibidos, bien escondidos en un rincón especialmente preparado debajo de una escalera. Pero sobre la mesa de mi aposento únicamente se veía el Breviario con su encuadernación oscura, sus broches y cantos dorados, para contener así toda sospecha de parte de cualquier visitante que inesperadamente apareciese. » (*Letters from Spain*, p. 117.)

Todo así lo precipitaba al desengaño, al descreimiento, á la abjuración, al despeñamiento final. La situación por doquiera que volviese los ojos parecía de propósito creada para lanzarlo más pronto al abismo á que corría. En torno suyo veía que el miedo al tribunal de la Inquisición era lo único que mantenía aparentemente en conformidad con las enseñanzas de la Iglesia á muchos, que en el seno de la amistad no tenían empacho de confesar sus dudas y sus cambios de sentir. Veía igualmente que otros sacerdotes, demasiado numerosos, tenidos por

modelos de virtud, vivían en la mayor inmoralidad, aun los más encopetados, y entre ellos el Penitenciario de la catedral de Córdoba, Arjona, su maestro, su confesor, su protector, su amigo¹. Manaba sangre en su pecho sin cesar la imagen de la suerte de sus dos hermanas, desaparecidas, la una en la muerte, la otra encerrada en un convento de la orden cruel de San Francisco, donde solamente viviría unos pocos años más, sin que nunca volviese él á verla. Dentro de su casa en fin, donde se practicaba la religión sin tolerancia, en la forma más estricta, con verdadero fanatismo, padre y madre entristecidos, más que por los duelos, por la decadente fe del hijo querido; y éste siempre ceñudo y desalentado ante el negro horizonte que lo circundaba.

Trató un momento de embarcarse, emigrar á América, establecerse en los Estados Unidos. No pudo realizarlo, y tuvo que contentarse por último con pedir una licencia para Madrid, que le concedieron por corto término; mas esperaba luego prorrogarla y vivir algún tiempo en la capital, arrinconado, oscurecido, sin deberes religiosos á que públicamente atender: única manera entonces á su alcance de aquietar temporalmente sus escrúpulos, sin afligir demasiado á su familia, sin romper de un todo con ella.

III

De este viaje y larga residencia en la capital de la monarquía debía resultar más adelante el más leído, y único acaso extensamente popularizado, de los libros que publicó Blanco en Inglaterra: el titulado *Cartas de España por Don Leucadio Doblado*². Formó este seudónimo, sin idea de ocultar más allá de cierto grado su persona, agregando, como lo advierte en el prefacio de la segunda edición revisada y corregida, al nombre *Leucadio*, derivado de la raíz griega que significa *blanco*, el vocablo *Doblado* á causa de la repetición, ya por él entonces

1. *The Life...*, I, p. 124.

2. *Letters from Spain. By Don Leucadio Doblado.* 1 vol. 8vo, 1822. — *Second edition. Revised and corrected by the author.* — London, 1825. — A esta última edición es á la que siempre me refiero.

usada, del apellido *White* de su familia, vertido al español, versión impuesta por sus paisanos con objeto de evitar « valerse de palabra cuya pronunciación y ortografía eran tan diferentes en castellano ». Estas cartas, en su mayor parte escritas en 1820 para una revista mensual, *The New Monthly Magazine*, un año antes de coleccionadas y publicadas en volumen, son cuadros acabados y admirables de costumbres de Andalucía, de Sevilla principalmente, desde donde se suponen dirigidas y escritas entre 1798 y 1808; pero dos de ellas, tal vez las más interesantes, aparecen fechadas en Madrid, año de 1807, tratan de política, de literatura, y en unas treinta brillantes páginas ofrecen en croquis vigoroso el retrato de lo que era aquella Corte, cuya cumbre ocupaban el rey Carlos IV, la reina María Luisa de Parma, el Príncipe de Asturias, futuro Fernando VII, y Don Manuel Godoy, Príncipe de la Paz.

A poco de llegado á Madrid pasó á Salamanca, con objeto de solicitar desde esa ciudad, conforme á la ley del caso, prórroga de la licencia. La logró, y tuvo además la satisfacción de conocer y tratar en esa ciudad al que los literatos todos de la época, los poetas principalmente, reconocían como maestro, á Don Juan Meléndez Valdés: « persona amable, muy instruída y de un gran gusto, único español entre los que he conocido, que, rechazando el catolicismo, no ha caído en el ateísmo. Era un deísta devoto. »

Vuelto á la capital, el coronel D. Francisco Amorós, muy conocido más adelante en Francia por sus institutos gimnásticos, que había simpatizado con él por comunidad de ideas y por mutua afición á la música, y que entonces intervenía en la creación de una escuela para aplicar el sistema de Pestalozzi bajo los auspicios del Príncipe de la Paz, le ofreció en ésta el puesto de catequista ó instructor religioso. « Hízome la proposición, » cuenta Blanco, « como excusándose de brindar semejante cargo á un hombre *ilustrado*, y acepté yo, á pesar de sentirme humillado y avergonzado, por evitar que se lo dieran á algún gazmoño santurrón. » El cargo era sin sueldo, y Blanco, es claro, conservaba los emolumentos de su prebenda en Sevilla.

Fué su gran recurso, su gran consuelo en Madrid, la tertulia

de Quintana, á la que constantemente asistía, después de paseo cotidiano por el Prado en compañía del ya bien conocido poeta. En este párrafo de las *Cartas* presenta á Quintana tal como lo vió en aquellos años inmediatamente anteriores á la invasión francesa: « Joven abogado, cuyas dotes poéticas, variada lectura y selecta erudición colocan entre los primeros de nuestros literatos; al par de ser, por la bondad de su corazón y sus nobles y elevados sentimientos, un amigo inapreciable y agradabilísimo compañero. La norma de su conducta política es el odio profundo á la tiranía existente, y una grande oposición á la influencia dominadora del Emperador francés sobre la Corte española. »

De don Leandro Moratín expresa los mayores elogios y piensa que « si no hubiese sido por su estricta fidelidad á las unidades y su respeto servil á las reglas aristotélicas del drama, habría podido elevar el teatro español hasta hacerlo decididamente superior al del resto de Europa ». Observa que Moratín y Quintana acaudillaban dos partidos literarios irreconciliables, sin ser la literatura misma causa de esa disensión, pues nacía de haber Moratín y sus amigos procurado captarse el favor del Príncipe de la Paz; mientras Quintana por su parte jamás había dirigido una sola línea al favorito. « Esto ha producido una separación total que revienta en forma de sátira ó invectiva cada vez que aparece alguna composición de Quintana. »

Este favor del omnipotente privado causó también á Blanco, aunque indirectamente, algunos malos ratos, á pesar de no haber solicitado cosa alguna de él, ni recibido más beneficio que el puesto ínfimo sin sueldo de la Pestalozziana y un permiso indefinido de residir en Madrid y no continuar en el trance penoso de ejercer en Sevilla el sacerdocio, de decir misa, predicar en el púlpito, oír en el confesonario, cuando ya no se sentía poseído de la gracia ni convencido de la verdad y santidad de lo que hacía. Ese permiso, sin embargo, era todo para él en aquellos momentos, y sentíase profundamente agradecido. Si pretendió en ocasiones diversas hacer justicia al favorito, decir en su obsequio lo poco que podía alegarse sin faltar á la verdad, no olvidó un solo instante el origen

vergonzoso de su privanza y los medios aun más reprobables con que la recuperaba cada vez que la sentía escapársele; ni su ignorancia, y el perpetuo escándalo de su vida pública y privada, ni en fin la ciega vanidad con que se echó él mismo en las garras de Napoleón y se dejó engañar lastimosamente¹.

En los exámenes públicos de la escuela recitó Blanco una oda, que se imprimió, y habiendo llegado un ejemplar oficialmente á manos de Godoy, invitó éste al poeta á una de sus audiencias no públicas, « en que sólo recibía personas de alta clase, del ejército especialmente. El Príncipe, que tenía ciertamente maneras muy agradables, me dirigió un expresivo cumplimiento, y siguió adelante, diciendo algo, cual solía, á cada una de las personas presentes ». Fué ésa la vez única que asistió Blanco á función semejante. Tampoco pudo ser de otro modo, pues fué también la última que celebró el favorito. Ya en ese momento no distaba mucho de Madrid el mariscal de Francia Joaquín Murat al frente de su ejército, y la hora de la gran catástrofe se aproximaba.

Pero los muchos enemigos que á Blanco produjeron su partida, su establecimiento en Inglaterra y las opiniones políticas que á veces sostuvo en su periódico *El Español*, nunca desperdiciaron ocasión de recordarle sus relaciones con Godoy, y hasta la Regencia del reino, que sucedió á la Junta Central y que gobernaba en nombre de Fernando VII lo que se mantenía libre de la ocupación francesa, llevó su saña hasta el punto de calificarlo, en documento oficial de « eterno adulator de Don Manuel Godoy », al cual oficialmente, como se ve, ya no llamaban Príncipe de la Paz.

Blanco, al defenderse y replicar con energía, ni entonces ni luego añadió su voz á la del numeroso coro de enemigos personales de Godoy. Es de creer al contrario que movido por sentimiento, acaso excesivo, compadeció más por eso mismo la triste suerte del hombre, caído de lo alto de todas sus grandezas. De ahí que al aparecer en 1836 las *Memorias*, que Godoy escribió ó no escribió, pero que fueron por él mismo

1. Véanse *Letters from Spain*, pag. 301 á 318.

dadas á luz¹, resolviese Blanco decir algo á propósito de ellas é insertar su artículo en la *London Review*, con objeto de blanquear un tanto la memoria del personaje. Anunció su intento en carta á Lord Holland de esta manera : « El pobre hombre con todas sus faltas me inspira lástima; hay que confesar que ha sido bárbaramente tratado. Estoy resuelto á borrar las falsas impresiones que de él quedan todavía. Fué ciertamente persona de carácter afable y con buenas intenciones. Fundábase mi único grave cargo contra él en el supuesto de su mal proceder con Jovellanos, pero todo el que conoció á Caballero debe estar hoy convencido de que ese odioso individuo fué el causante de las penalidades de Jovellanos. » No es inoportuno recordar que Larra hablaba también de Godoy con muy parecida indulgencia, en artículo publicado en Madrid el año mismo de la aparición de las *Memorias* y recogido en la colección de sus obras.

El objeto principal de la carta de Blanco era pedir al noble inglés, su amigo, permiso de citar en el artículo un rasgo clemente de Godoy, ignorado de todos; de Holland y el interesado solamente conocido. Tratábase de un súbdito británico que, con recomendación de Lord Holland, fué á solicitar del favorito algun alivio en la situación de un hijo, condenado á presidio perpetuo en América por causas políticas y encerrado en la insalubre fortaleza de Omoa. Leyó la carta Godoy, oyó al atribulado extranjero, pasó al cuarto del Rey, á los pocos momentos volvió con el indulto completo del prisionero, agregando con benévola sonrisa, en respuesta á la efusión de gracias del postulante, que era lo menos que podía hacer en favor de quien venía desde tan lejos y tan bien recomendado, y le concedió además pasaje en barco del Estado para ir de Cádiz á Honduras en busca del hijo.

Consigna Holland en su respuesta unas palabras de Godoy,

1. A diversos escritores se ha achacado, como es sabido, la paternidad de estas *Memorias*, y el Sr. Menéndez y Pelayo la ha atribuído en alguna parte al abate Marchena. Pero J.-G. d'Esménard, autor de la traducción francesa, que salió á luz en París al mismo tiempo que la edición española, dice en la introducción del tomo primero : *C'est bien lui qui l'a composé, rédigé presque sous mes yeux... La copie qui sert à l'impression a été revue, corrigée, collationnée par lui...*

que no pueden aun hoy leerse sin emoción. Con motivo de la muerte de Carlos IV á cuyo lado se mantuvo hasta el fin, y recordando el odio implacable que le conservaba siempre Fernando VII, escribió en 1821 otra carta á Godoy ofreciéndole, de acuerdo con el ministro Lord Liverpool, asilo y protección segura en el suelo inglés. Godoy contestó muy agradecido añadiendo con amargura que « durante años habían estado á su disposición los recursos de uno de los países más ricos de la tierra, que había tenido durante ese período ocasión de hacer la fortuna de miles y miles de personas, y que sin embargo era ahora él, un extranjero, el primero y único mortal desde su caída, que le daba muestra de conservar agradecimiento, ó memoria siquiera, de servicio alguno grande ó pequeño por él prestado »¹.

Influído por datos y consideraciones de este género escribió Blanco su artículo, que salió en la Revista inglesa mencionada; pero es claro que el fallo final de la historia sobre los actos de la vida pública de Godoy ha de apoyarse en bases diferentes y que no es bastante echar la culpa encima de otros ministros de menor importancia para exonerarlo á él.

Lord Holland; gran columna hasta sus últimos días del partido *Whig* en Inglaterra, grande amigo de Quintana y gran viajero también, visitó la España varias veces, residiendo algún tiempo en Madrid durante casi todas ellas. Ahí y en Sevilla lo conoció y trató Blanco, contrayendo con él amistad á que puso término sólo la muerte, y que fué sin duda uno de los más vivos estímulos á decidirlo por Inglaterra cuando necesitó nuevo suelo en que arraigarse.

Durante su estancia en Madrid escribió muy poco para el público, y aun menos en verso que en prosa. Lo más importante fué la réplica al juicio del poema de Reynoso *La Inocencia Perdida* que escribió é insertó Quintana en la « *Obra Periódica* » mensual, que publicaba con el título de *Variedades de Ciencias, Literatura y Artes*.

1. *The Life...*, vol. II, p. 195. Holland cita esas frases de memoria; en la respuesta de Godoy que junto con la carta del Lord se encuentra en el tomo IV de las *Memorias*, son un tanto diferentes, aunque en sustancia vienen á decir lo mismo.

La *Inocencia Perdida* es una obra poética que puede á lo sumo calificarse de estimable, un poemita de poco más de cien octavas reales, con el mismo argumento del *Paraiso Perdido* de Milton, pero alejado y empequeñecido, como si fuese un vasto paisaje mirado por el objetivo del anteojito, *par l'autre bout de la lorgnette*. Pero era su autor el Presbítero Don Felix José Reynoso, cura de Santa Cruz, socio importante de la Academia Sevillana; había obtenido su obra el premio en concurso abierto por esta misma, é hizo desde luego algún ruido entre el clero y los aficionados á las letras. No impreso inmediatamente, hubo, según parece, tal empeño en conocerlo que alguien se aventuró á publicarlo sin consentimiento del autor y con muchas erratas y disparates, lo cual movió por fin á Reynoso á darlo á luz por su cuenta, en un elegante cuaderno salido de la Imprenta Real en Madrid, con una bonita estampa emblemática al frente, oportunamente explicada, ó « declarada », como dice, en hoja especial al efecto reservada.

Quintana juzgó el poema breve y benévola, sin encomios exagerados. Hizo algunos leves reparos de forma y dirigió dos cargos importantes al autor respecto á la esencia de la obra. En el primer cargo, de acuerdo con Boileau en su *Arte Poética*, que proscribió de la epopeya el maravilloso cristiano, reprueba por las mismas razones la elección del argumento; mientras en el segundo, sin abrumar á Reynoso con el ejemplo de Milton, deplora que en la escena capital de la seducción de Eva se hubiese apartado tan completamente del poeta inglés hasta presentar la serpiente tentadora, no bella y vistosa de aspecto, insinuante y dulce, como Milton lo hace, sino repelente de figura, sin gracia, y sin posible seducción en el violento lenguaje que le atribuye. La primera objeción, aplicable sobre todo en país como era España entonces, donde la religión tendía siempre á tomar carácter severo, imponente, avasallador, continúa pareciendo justa, aun en nuestros días, á escritores de opiniones filosóficas tan distantes de las de Quintana como por ejemplo F. Brunetière en sus notas al poema didáctico de Boileau. Respecto á la segunda objeción pienso que es una reflexión estética indiscutible.

Blanco salió á la defensa de los versos de Reynoso, su conciudadano é íntimo amigo de la juventud, llevado sobre todo, es de suponer, por sentimientos de afecto, y dirigió « A los Editores de las *Variedades* » una carta, cuatro veces más extensa que el artículo de Quintana, que puede hoy todavía leerse con interés. Está escrita con suma templanza, con animación y delicadeza, en lenguaje terso y preciso, y bastaría ella sola para dejar demostrado que al resolver Blanco expatriarse y escribir en otro idioma, perdió al mismo tiempo España un prosista de orden superior, más variado y no menos nervioso que Quintana.

Polémica de esta laya no tendría hoy razón de ser; á nadie se limita ya por consideraciones religiosas la elección de sus argumentos. Pero la obra que le dió origen estaba muerta aun antes de nacer, y la Eva y la serpiente y las otras figuras de Milton no pueden ponerse en parangón con las débiles siluetas del respetable y por otros motivos muy distinguido sacerdote sevillano. Quintana implícitamente lo confirma así, al contentarse por respuesta con una pequeña observación en forma de nota al escrito de Blanco, advirtiendo que lo hace « más en defensa de nuestra intención que de nuestro juicio literario, y es la sola que nos permitiremos acerca de esta contextación, la qual es un ejemplo del modo urbano y decente con que deben tratarse estas materias entre personas que cultivan las letras y se estiman recíprocamente »¹. Palabras estas últimas en que respira Quintana por la herida; aludiendo sin duda á Moratín el hijo con su Tineo, su Hermosilla y sus otros seides agresivos.

La resolución de abandonar la Iglesia se afirmó más en Blanco día por día de esos tres ó cuatro años relativamente oscuros que pasó en Madrid, aunque lo detuvieran naturalmente todavía el escándalo inevitable y sin duda el riesgo personal á que se exponía ante tribunal tan formidable como el Santo Oficio. Su conformidad con las doctrinas de los filósofos franceses de la época había llegado, al refugiarse en la capital,

1. *Variedades*... Año II, tomo I^o, p. 179 (Madrid, 1805). He respetado la ortografía del texto original.

á una violenta crisis, y en uno de sus escritos paladinamente lo confiesa : « Exasperado por la diaria necesidad de someterme aparentemente á doctrinas y personas que detestaba y despreciaba, la amargura desbordaba en mi alma. Aunque bien conozco las ventajas de la moderación, como ninguna se empleaba conmigo, aprendí prácticamente, contra mi propio juicio, á ser fanático también por mi lado ¹. »

De este proceder exagerado se confesaba él mismo culpable diez años después en el último número del segundo periódico que redactó en Londres en castellano. Dijo allí que en Madrid « por no entrar en ninguna iglesia no vió las excelentes pinturas que hay en las de aquella corte. Tan enconado (agrega) me había puesto la tiranía » ².

Libre ya en su propio concepto, aunque no tanto en la apariencia ni en la opinión de los demás, juzgóse libre también de ciertas consideraciones en materia que no era socialmente menos delicada. A esto se refieren sin duda dos alusiones misteriosas en dos diferentes lugares de la autobiografía. En el primero, después de mencionar su situación intolerable al fingir aquello en que no creía y al ejercer, como si aun creyera, su ministerio, dice : « Y sin embargo este género de sufrimiento debía ser nada, comparado con el que estaba condenado á experimentar cuando unas relaciones infortunadas me forzaron á amar á escondidas y disimular sentimientos que, inocentes por sí mismos, una superstición maldecida envenenaba y degradaba. » La otra alusión, menos explícita aunque á primera vista más circunstanciada, parece referirse á lo mismo, y concluye así : « Doy gracias á Dios de todo corazón por haber podido fielmente cumplir cuantos deberes la moral estricta me imponía á causa de esas relaciones. Gracias también le doy, y con más ardor aún, por el modo como mi lealtad á esos deberes fué después grandemente recompensada. » De esta recompensa habrá ocasión de hablar en época posterior de su vida ³.

1. *Letters from Spain*, p. 117.

2. *Variedades ó Mensajero de Londres*. Octubre 1^o, 1825.

3. *The Life...*, vol. I, p. 117 y 132.

En Madrid hallábase, pues, lleno como siempre de incertidumbre y angustia por su porvenir, cuando cayó sobre España la formidable avalancha militar francesa, precedida en el orden de los sucesos por los tumultos del sitio real de Aranjuez, que echaron despeñado al suelo al favorito de los miserables soberanos, y á éstos mismos costó la pérdida del trono, pues se prestaron voluntariamente á renunciarlo y abandonarlo por salvar la vida del Príncipe de la Paz, derrumbado á tal extremo de abyección que era esa vida miserable lo único que de su antes espléndida fortuna le quedaba, lo único que podía salvarsele y conservarle todavía¹.

A Fernando Príncipe de Asturias, al heredero del trono, enemigo sin piedad de Godoy y de sus mismos padres, necesitaron éstos acudir para evitar que la furia del pueblo, excitado por conspiradores de alta clase, hiciese menudos pedazos lo que del pobre Godoy quedaba, insultado, vilipendiado, prisionero cubierto de sangre, tendido en el suelo del cuartel de Guardias. Diríase de antemano preparado para algún poeta trágico ó moderno novelista el breve diálogo que, según la tradición, medió entre aquellos dos irreconciliables adversarios. « Te he salvado la vida, Manolo, » dijo Fernando. — « Es ya rey Vuestra Alteza? » preguntó Godoy. — « Todavía no, pero pronto lo seré. » — Iba á serlo sin duda, aunque por unos cuantos días nada más, pues para ceñirse definitivamente la corona necesitaría pasar primero seis años confinado en el castillo ducal de Talleyrand en el centro de Francia, de donde salió tan ignorante, tan rencoroso y tan avieso como había entrado; mientras en medio de la tempestad de sangre y fuego más terrible su pueblo enloquecido le había defendido con furia inaudita el trono de sus antepasados.

Fué Blanco testigo presencial en Madrid de los horrores del dos de Mayo de 1808, de la venganza frenética que el jefe de las

1. Que fué ése uno de los móviles, si no el principal, de la abdicación, ha sido opinión general dentro y fuera de España, aunque en 1859 lo puso en duda Lafuente en su Historia (t. XXIII, p. 247, nota), pero sin aducir prueba directa alguna. Confirma la primera versión el haber Carlos IV hasta su muerte en 1819 conservado á Godoy cerca de él con el antiguo inexplicable afecto. Ello es de todos modos discutible; y se ha discutido, sin traer nuevos datos concluyentes, al celebrar España en 1908 el primer centenario de lo que ocurrió en Madrid el dos de Mayo de 1808.

tropas francesas, Murat, Gran Duque de Berg, en posesión tranquila de la ciudad donde había entrado sin costarle una gota de sangre, á título de amigo, resolvió tomar ese día en represalia de unos cuantos atentados que contra soldados dispersos cometieron los madrileños; pero en realidad con el fin de intimidar, aterrorizar la capital y por ella el país entero. De esos sucesos hizo en las *Cartas de Don Leucadio Doblado* una relación exacta, vigorosa é imparcial, documento histórico de valor permanente, como íntegras lo son también las dos cartas que á esos días se refieren y con las cuales termina el libro, escrito catorce años después, de memoria y reposadamente.

No estaba así por cierto su ánimo cuando presencié tales escenas, porque á la desolación general, al terrífico efecto de la inicua conducta del general francés, uníase para Blanco la necesidad de resolver un problema candente, enigma opresivo que ante él se presentaba exigiendo solución inmediata: uno de esos combates tremendos del espíritu, que lo dejan por largo tiempo sacudido y martirizado, una tempestad dentro de un cráneo, como dijo el poeta francés de los *Miserables*.

Juzgaba él, al par que muchos entre los más reflexivos é inteligentes de sus paisanos, como incontrastable é invencible la fuerza con que traidoramente el César francés se lanzaba contra España abatida y mal armada. « Mi convicción (traduzco de la tantas veces ya citada y siempre interesante autobiografía) era que si el pueblo español permanecía tranquilo bajo un gobierno de forma igual á la que hasta entonces estaba acostumbrado, pero libre de la dinastía incapaz é incorregible que lo abrumaba, grandes podían ser los beneficios ulteriores de tal situación, no obstante la dolorosa humillación de recibir el nuevo rey de manos de Napoleón. A los pocos años se identificaría con el país la nueva familia real. Muchos de los más ilustrados y honrados españoles se habían puesto ya al lado de José Bonaparte. Preparábanse las bases de una constitución que expresamente reconocía al país el derecho de ser gobernado conforme á sus deseos y no al de la voluntad absoluta de un rey. La Inquisición, origen principal de la degradación de

España, sería abolida, lo mismo las órdenes religiosas, surtidero también de ignorancia, de vicios y de esclavitud mental. Así, desembarazada la nación de la balumba de males morales que impedía su desarrollo natural, en menos de medio siglo quedaría regenerada. » (*The Life*, I, p. 140.)

A pesar de tales premisas, el que firmemente deducía de ellas como no imposible tan lisonjero porvenir, hizo exactamente lo contrario de lo que su razón le sugería. Juzgó que á despecho de sus convicciones debía seguir á la masa de sus compatriotas, y de ningún modo pretender forzarlos á lo que tan resueltamente no querían : « Si el gobierno de José Bonaparte hubiera quedado establecido, mi tierra natal habría dejado de ser para mí un sitio de servidumbre mental; sin embargo apenas supe que mi provincia se levantaba en armas contra el invasor, cargué otra vez con mi cadena y volví sin dilación adonde sabía que más me había de lastimar su peso, á la ciudad en religión más fanática de España, y allí reasumir mi odiada y ya abandonada tarea de hierofante entre una ciega, ignorante é ilusa multitud. » Había en fin dentro de su pecho, es la verdad, y en otro lugar lo reconoce, algo que no podía sofocar, algo que le mandaba sacrificarse, si necesario fuera, por aquellos entre quienes había nacido y había llegado á edad de hombre.

IV

El largo y difícil viaje de Madrid á Sevilla no pudo ser por el camino más corto, sino al través de las nubes de polvo de Extremadura, á causa de las evoluciones que en esos momentos verificaba en la parte norte de Andalucía el ejército francés de Dupont, evoluciones que tan tristemente para él, tan famosamente para España, debían pronto terminar, después de la jornada de Bailén, con la capitulación de Andújar. Fué un viaje muy molesto, en pleno verano, en un carromato aragonés de carga, la mayor parte del tiempo á pie por el poco espacio que en el borde de la cama de la carreta dejaban libre los fardos que trasportaba, con peligro además muy real

y frecuente de ser encarcelado, y aun de perder, la vida, entre la turba de aldeanos y campesinos sobreexcitados, que armados con sus cuchillos de monte ó sus guadañas creían ver franceses ó afrancesados ó espías en cuantos viajeros aislados, sin pasaporte especial, ó sin equipaje, ó de cualquier otro modo, por allí pasasen con rumbo á otra provincia. Fué como una ruda marcha en campaña, y más de una vez tuvieron ocasión Blanco y el amigo que lo acompañaba, sacerdotes ambos, de arrepentirse del impulso patriótico que los había arrastrado á semejante peligrosísima excursión.

En Sevilla encontraron á las turbas ciudadanas en no menor efervescencia que las de los labradores en los caminos del campo, acompañadas y presididas ahora en sus tumultuosos desmanes por grupos de frailes más violentos y arrebatados que el mismo populacho : espectáculo no el más adecuado á tranquilizar el ánimo de quienes tan azorados venían por lo que habían visto en el camino.

Sevilla estaba ahora destinada á ser virtualmente, por corto espacio de tiempo, la capital de España, y Blanco á encontrar también allí por breve término ocupación digna de él. Madrid, que después de la victoria de Julio en Bailén fué abandonada antes de finalizar el mes por el rey José y sus franceses, volvió á poder de éstos en Diciembre, gracias á las legiones y á la acción directa de Napoleón mismo á la cabeza de sus tropas. La Junta Suprema, que aposentada en Aranjuez desde allí gobernaba la nación en nombre de Fernando VII, se vió forzada á emprender retirada, y siguiendo casi el mismo camino que antes Blanco por Extremadura, hizo alto en Talavera, luego en Mérida, y llegó por último á instalarse en la cabecera de Andalucía.

Por el mismo camino de Extremadura llegó también el gran poeta Quintana, después de haber recorrido á pie y solo una parte de la jornada. Mucho había aumentado el insigne madrileño su reputación como poeta y como publicista en el curso de ese año, por medio de magníficas odas patrióticas y á causa del periódico que, durante el paréntesis de la evacuación de los franceses, había publicado en la capital con el título de *Semanario*

Patriótico, « cuyo prodigioso despacho y aceptación singular¹ » fueron extraordinario fenómeno en aquellos días. La Junta ofreció allí inmediatamente á Quintana el puesto de Oficial mayor de su Secretaría general, y manifestó el deseo de que se continuase en Sevilla la publicación del *Semanario*, cuya redacción entonces confió él á Blanco y á Don Isidoro Antillón, sabio profesor de historia y geografía en Madrid, amigos ambos de toda su confianza. Blanco quedó en él desde luego encargado de la parte política, y así se anunció.

El *Semanario Patriótico* fué probablemente el primer periódico político que ejerció en España influencia eficaz y directa en los negocios públicos, debido en parte muy grande á lo enteramente nuevo de la situación nacional, y también á la sinceridad y talento con que el fundador en Madrid primero, y sus continuadores en Sevilla después, lo dirigieron y redactaron. No había por supuesto que siquiera pensar entonces en libertad completa de imprenta, ni existía ley que la estableciera ó costumbres adquiridas que la protegieran; exigió, pues, la Junta que Quintana considerase el cargo de Censor del periódico como parte de sus funciones en la Secretaría y se constituyese por tanto ante ella responsable de la marcha del papel. Los dos nuevos redactores, que conocían bien la suavidad y nobleza de carácter del ilustre poeta, aceptaron desde luego la superior posición en que respecto de ellos lo colocaban, y no temieron por ese lado ningún conflicto. Habían tratado mucho á Quintana, sabían bien cual era su temperamento, lo que él mismo, apropiándose palabras de Montaigne, en alguna parte llama *ses mœurs molles, ennemies de toute aigreur et aspreté*²; y no creían posible ninguna divergencia personal insoluble con hombre de ese temple excepcional.

Logró el *Semanario* en esta su segunda época éxito no menor que en la anterior, y pudo la Junta Suprema, por primera vez quizás, formarse idea de lo que era un periódico capaz de hacer y de influir entre la masa de sus lectores. Esto no equivalía para el papel mismo á un buen augurio, pues la

1. Obras inéditas de D. Manuel José Quintana, Madrid (1872), p. 179.

2. *Ibid.*, p. 167.

Junta, en globo considerada, era en realidad una corporación de espíritu atrasado y tímido, que desde el principio apareció bastante disminuida por darse el título de Majestad, el de Alteza á su Presidente, el de Excelencia á los vocales; y más que todo, por resoluciones como el nombramiento de un Inquisidor general, la readmisión de los Jesuitas, la suspensión de la venta de bienes en manos muertas y otros votos poco ó nada liberales. No es extraño por consiguiente que las ideas reformistas y progresistas de los redactores del periódico les fuesen á la postre antipáticas en extremo.

Inició inmediatamente Blanco en el *Semanario* una serie de artículos sobre cuales debían ser las condiciones esenciales de toda forma representativa de gobierno aplicadas á España, insistiendo para ello con sumo vigor en que fuesen las Cortes inmediatamente convocadas, convocación que precisamente era lo que trataba la Central de ir aplazando, y lo que, en caso de verse forzada á disponer, se inclinaba á realizar constituyéndolas á la antigua usanza, como en el siglo xv, destituidas de intervención eficaz y fuerza verdadera. A este parecer se arrimaba hasta el mismo Jovellanos, el más respetable é inteligente de sus vocales, pero viejo ya y demasiado apegado por su larga carrera judicial á requisitos anticuados.

El decreto de la Junta de Mayo 22, 1809, sobre las Cortes, anunciando nada más que « el restablecimiento de la representación legal y conocida de la monarquía en sus antiguas Cortes, convocándose las primeras en el año próximo, ó antes si las circunstancias lo permitiesen », indignó á Blanco, y si no pudo desahogar toda su indignación en el periódico, hízolo en carta privada á lord Holland en que le decía : « Cada día me convenzo más de las bastardas intenciones que esconde ese decreto. La mayoría de nuestros gobernantes está desplegando á las claras el carácter de los decenviros en Roma, y no nos prestaremos á aprobar directa ó indirectamente lo que avanzan con el fin de darse por amantes de nuestros derechos, cuando en realidad sólo aspiran á perpetuarse en el poder¹. »

1. *The Life...*, vol. III, p. 321.

Era esto más de lo que á título de oposición periodística se sentía la Junta capaz de soportar; pero no atreviéndose á suprimirla directa y paladinamente, encargó á Quintana de llevar y entregar á Blanco y á Antillón el cordón de seda para que ellos mismos, á la oriental, se suicidaran y quedase el periódico suprimido. Prestáronse ellos á semejante género de muerte por respeto y afecto al dulce amigo que tan mansa y resignadamente se los pedía, pero reclamaron el derecho de no ocultar al público en la despedida á los lectores que el periódico cesaba porque el gobierno quería que cesase. Quintana accedió á ello sin vacilar, y este desenlace contribuyó, á pesar de la moderación con que lo explicaron, á aumentar la impopularidad contra la cual, poco más adelante, acabaría la Junta por naufragar. He aquí los términos en que apareció, sin firma, en la última página del número 32 : « AVISO AL PÚBLICO. — Quando empezamos este trimestre ya prevíamos que el *Semanario* podía encontrar obstáculos insuperables en su continuación, y aun tuvimos entonces que arrostrar algunos para no abandonarlo desde luego. Las circunstancias se han ido después complicando de modo que nos vemos en la dura necesidad de anunciar al público que tenemos que suspender nuestros trabajos. El amor á la justa causa de nuestra patria, y quando esto no fuera bastante, el agradecimiento al favor que la nación nos ha dispensado, nos harían arrostrar qualquier género de inconvenientes que solo se limitasen á nuestra incomodidad ó peligro; mas si quisiéramos desentendernos de los que al presente se ofrecen, el *Semanario* no podría llenar nuestras miras, ni sostenerse en la opinión de los que hasta ahora lo han favorecido. Cedamos, pues, á las circunstancias : nuestros amigos (tales llamamos á quantos nos han favorecido con su aprecio) sufrirán mejor que se interrumpa otra vez el *Semanario*, que verlo mudado en otra cosa que lo que hasta ahora ha sido. »

Cuenta Blanco en la autobiografía (I, p. 151) que hallándose un mes después de paso en Cádiz, era aun tan viva la impresión causada por los términos de su despedida del periódico, que al entrar en un café, frecuentado por lo mejor de la pobla-

ción, se levantó un desconocido á decir á los consumidores quien era él y á darle las gracias en nombre de todos por la energía con que había procedido en ese caso¹.

Permaneció en Sevilla algunos meses más, mientras la Junta, y en su nombre Jovellanos, continuaba recogiendo á diestro y siniestro opiniones é informes acerca de la manera mejor y el momento más oportuno de convocar y reunir las Cortes. La Universidad sevillana fué uno de los cuerpos consultados, y nombró al efecto una comisión con Blanco de vocal ponente. Dió esto ocasión á Blanco para tomar del Santo Oficio una pequeña venganza, que con maligno placer se apresuró á aprovechar. Juzgó, de acuerdo con su compañero de comisión, que era necesario consultar ciertos libros que sólo podían encontrarse entre los prohibidos, recogidos y embargados por la autoridad eclesiástica, que los conservaba almacenados en las buhardillas de la Inquisición. Pidiéronlos pues, y la antes tan poderosa orden de Santo Domingo, dado lo revuelto de aquellos días y el menor prestigio de que ya gozaba el Oficio, no osó negarse; consintió en ello á pesar de

1. Es raro encontrar fuera de España, y aun tal vez en España misma, ejemplares completos del *Semanario Patriótico*. El único ejemplar que he visto yo es el que se encuentra en Londres en el *Museo Británico*, donde he podido hojearlo. Compónese de cinco tomos empastados. El primero de ellos contiene los catorce números publicados en Madrid por Quintana. El segundo, los siguientes hasta el 33, que fueron los que aparecieron en Sevilla, dirigidos al final por Blanco solo, pues Antillón salió de allí á desempeñar un cargo en otra ciudad. Los otros tres volúmenes contienen los números de la tercera época, en Cádiz, donde reapareció el 21 de Noviembre de 1810, precedido de estas palabras, firmadas : *Manuel Josef Quintana*. « El S. P. vuelve á aparecer en Cádiz bajo la salvaguardia de la ley que acaba de decretar la libertad de imprenta. Su fundador en Madrid... será su principal autor y redactor. Bien quisiera poder acompañarse de los dos escritores que con tanta gloria propia y satisfacción del público lo continuaron en Sevilla, pero las circunstancias los han llevado á otros países y le han privado de su poderosa asistencia. »

El tomo de los números de Sevilla tiene esta portada : | *Semanario Patriótico* | Segundo trimestre | La parte histórica : por D. Isidoro Antillon | La política : por D. Josef Maria Blanco | *Nulla enim nobis societas cum tyrannis, sed | potius summa distractio... atque hoc omne | genus pestiferum atque impium ex hominum | communitate exterminandum est.* | Cic. *De Officiis* : Lib. 3, cap. 6 | Sevilla | Por la viuda de Vazquez y Compañía.

Quintana, al frente del número LIV, del 18 de Abril de 1811, puso este aviso : « No permitiendo las atenciones del nuevo encargo que el Gobierno ha confiado á Don Manuel Josef Q. proseguir con la redacción y edicion del S. queda este papel al cuidado de los tres amigos que desde el cuarto número de la tercera época le han ayudado á componerle. »

El quinto tomo del ejemplar del *Museo Británico* concluye con el número LXXXVI.

lo muy sospechosos que le eran los postulantes, y Blanco en particular.

Bajo una espesa capa de polvo encontraron ambos comisionados, como lo esperaban, gran número de libros franceses del siglo anterior: cautivos que volvieron ellos á la luz y la libertad. Lograron entre otras obras curiosas completar dos ejemplares de la gran Enciclopedia de D'Alembert y Diderot; como la Inquisición poco después fué abolida, nadie vino en su nombre á recogerlos y quedaron para siempre esos volúmenes fuera de la prisión.

No tardó en llegar á orillas del Guadalquivir la fatal noticia de haber franqueado el ejército francés los desfiladeros de la Sierra Morena, y dispersado en las Navas de Tolosa las tropas allí reunidas para defender lo que se consideraba antemural inexpugnable de Andalucía.

La terrible nueva dispersó en el acto á los miembros de la Junta Suprema; y unos por tierra á través de vociferaciones y de insultos, otros más tranquilamente por el río y por el mar, fueron todos á congregarse otra vez dentro de los muros de Cádiz.

Nada más restaba ya en España á Blanco por hacer. La idea, en su mente invariablemente fija, de abandonar la patria, y con ella el ministerio que se sentía tan incapaz ya de ejercer, perdidas la fe y las ilusiones que en hora infausta de su juventud lo habían decidido á contraer el lazo indisoluble, transformóse por fin en necesidad de acción ineluctable. El respeto, el amor de la familia, siempre vivos en su corazón, no podían ahora, como antes, impedirle la realización de su propósito. La madre, á quien tantas veces había hecho temblar la imagen horrorosa del hijo encerrado en las mazmorras del Santo Oficio, se estremecía de nuevo al pensar que pudiese ahora caer en la tentación que, por diversos lados, amigos antiguos y queridos le ofrecían, de adherirse á la causa del invasor francés, pues á muchos parecía ya cosa inevitable que éste llegase á ser dueño del país entero. El viejo y el nuevo peligro eran para la pobre mujer igualmente aterradores. Vieron por tanto padre y madre partir al hijo de Sevilla, como si les

quitasen un gran peso del alma, sin suponer, sin adivinar naturalmente que iba á ser eterna la separación.

Era Cádiz ahora el último seguro asilo de la independencia española y hervía en su estrecho recinto á borbotones en confuso desorden la política nacional. Esa situación, ese espectáculo, que hoy la historia, contemplándolo de lejos, reconoce grandioso y digno de la mayor admiración, no podía de cerca producir el mismo efecto á quien como Blanco tan hondamente desconfiaba de que fuese dable á España librarse al mismo tiempo del fanatismo religioso y monárquico en que más que nunca parecía ahora envuelta. No permaneció en Cádiz más que el tiempo indispensable para estar listo á darse á la vela el paquete inglés, y el 3 de Marzo de 1810 desembarcó por fin felizmente en el puerto de Falmouth.

ENRIQUE PIÑEYRO.

(A suivre.)